11278

Una onza à terno seco

ó

La fortuna rodando

Max Rodriguez

10

LIBRERÍA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA
POLITICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
de los Estados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

DON JERÓNIMO BECKER

Esta obra, que acaba de ponerse á la venta, contiene en amplio y fiel extracto los principales tratados; examina con imparcialidad la historia de éstos, señala sus defectos y expone con minuciosos detalles lo referente á las relaciones exteriores de España, siendo, por tanto, de gran interés para conocer de un modo exacto el aspecto diplomático de la cuestión cubana.

Un tomo en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN
DE LAS
LEYES DE LOS REINOS DE LAS INDIAS
mandadas imprimir y publicar

POR

LA MAJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

Quinta edición, corregida y aprobada por la Sala de Indias del Tribunal Supremo de Justicia, con la aprobación de la Regencia provisional del reino.

Cuatro tomos en folio, 50 pesetas.

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

Colección completa de todos los tomos publicados por esta sociedad, de que se hallan la mayor parte agotados.

Van publicados 38 tomos en 4.º—Precio, 900 pesetas.

También hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACI

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 pese

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIM

ordenado en presencia de los mejores public hasta el día, y adicionado con un consider número de voces que no se encuentran en guno de ellos á pesar de hallarse consignada el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 peset

EL PRACTICÓ
Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRA

con un APÉNDICE que comprende el ar el mejor aprovechamiento de las sobras, glas para el servicio de una mesa y el m trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 2 bados, y aumentada con 60 minutas de a zos y comidas para todos gustos y condic algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—P pesetas.

UNA ONZA Á TERNO SECO,

ó

LA FORTUNA RODANDO,

comedia en dos actos en verso

POR

D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ

Y

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Abril de 1845.

PERSONAS.

DON TRIFON.
BALBINA.
APOLINAR.
LEONA.
LIBORIO.
UN MOZO DE CORDEL.

La escena es en Madrid, á fines del siglo pasado.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de Don Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Antesala ó pieza de labor de un cuarto bajo. En el fondo una reja que da á un patio y se abre: á cada lado del teatro una puerta.

ESCENA PRIMERA.

BALBINA. LIBORIO.

(*Óyense dentro fuertes campanillazos.*)

LIB. (*Dentro.*) Abre, por Dios, que me cogen:
abre corriendo, Balbina.

BAL. (*Cruzando el teatro de derecha á izquierda del espectador.*)
Es Liborio: será alguna
de sus simplezas.

LIB. (*Dentro.*) Aprisa.

BAL. (*Dentro.*) Ya está abierto.

LIB. (*Dentro.*) Deja ahora
que cierre. (*Salen los dos.*) ¡Vírgen María!
¡de qué apuro me has librado!
Por poco no me asesinan
y me rasgan la librea.

BAL. Pero...

LIB. ¡Cómo se pondria
el amo, que es tan ruin! — ¡Ay
mi sombrero! ¡Voto á cribas!
El sombrero se ha quedado

674636

á pagar por mis costillas.

BAL. Pero ¿qué ha pasado? Esplícate.

LIB. Nada, que al doblar la esquina,
le dí un pisoton á un hombre
sin querer: va él y me mira,
y con mucha gravedad
me dice: «á ver si me pisas
otra vez.» Yo respondí:
«corriente.» Plántole encima
el pié de golpe, creyendo
que las gracias me daria,
y me sacude un revés
entre pescuezo y mejilla,
que me hizo ver mas estrellas
que comí en sopa en mi vida.

BAL. Pues: lo que yo me pensé.
Pero di: ¿no conocias
que le ibas á lastimar?

LIB. ¡Toma! Si él se lo queria.

BAL. Eres un idiota.

LIB. Mas
idiota es el que se esplica
al revés.

BAL. Nunca haces caso
de mis consejos.

LIB. No riñas,
vaya: ¡me da tanta pena
verte conmigo torcida!
Yo te quiero mucho: tú
eres muy guapa y muy lista,
y cuando hago una torpeza
le embocas una mentira
al amo, y pasa y me libro
de llevar una paliza.
¿Qué fuera de mí en Madrid
sin tu amparo? Porque, chica,
la verdad es que el señor,
aunque oye dos ó tres misas
cada mañana, ¡canario,
que es mismamente una víbora
con peluquin!

BAL. No murmures

del amo.

LIB. Y se le encandilan
los ojos cuando te ve
maja.

BAL. ¡Eh! calla: tú deliras.

LIB. El domingo sobre todo,
que estrenaste la basquiña
que te hizo la sastra aquella
de junto á la lotería,
¡qué tierno estaba el señor!

BAL. (*Aparte.*) Mis recelos se confirman.

LIB. ¿Pagaste á la sastra ya?

BAL. No del todo.

LIB. Es muy arisca
la tal mujer.

BAL. La onza de oro
que le debo, anteayer iba
á llevársela... y no estaba.
Me alegré, porque en seguida
me acordé de cierto encargo
que me hizo el amo, y urgía,
y gasté los diez y seis
duros...

ESCENA II.

APOLINAR. — BALBINA. LIBORIO.

APOL. (*Por la reja.*) ¡Eh! camaradita.

LIB. ¡Ay Jesus!

BAL. ¡Qué voz escucho!

LIB. Es el hombre de la riña.
Si pregunta usted por mí, (*A Apolinar.*)
estoy en la escuela pia.

APOL. Tome su sombrero el bárbaro.
(*Tíraselo por la reja adentro.*)

BAL. Él es.

LIB. Gracias infinitas.

APOL. ¿Dónde vive por aqui
una jóven de Castilla,
doña Balbina Quirós?

LIB. Sin el don, yo informaria.

BAL. ¿Soy yo la que busca usted,

Apolinar? (*Acércase á la reja.*)

APOL. ¡Señorita!

LIB. (*Aparte.*) ¡Señorita, nada menos,
la que zurce mis camisas!

BAL. Pase usted por aqui. (*Abre la reja.*)

LIB. No,
no le abras, que me da grima
verle de cerca. (*Entra Apolinar en la pieza.*)
Me voy
á esconder en la cocina. (*Vase.*)

ESCENA III.

BALBINA. APOLINAR.

APOL. ¡No sabe usted qué placer
esperimento á su vista!
¡Cuidado que hace ya tiempo
desde nuestra despedida!

BAL. Cuatro años ó cinco.

APOL. Seis
y largos. Y usted mas linda
cada vez.

BAL. Siempre fué usted
lisonjero en demasía.
Por esto...

APOL. No fué por eso
(perdone usted que lo diga)
por lo que me echó de casa
papá: chismes y rencillas
de envidiosos me alejaron
de usted y de su familia.

BAL. No recordemos...

APOL. Ni al mismo
rey de España y de sus Indias
tenia yo que envidiar
cuando en Aranda vivia
sirviendo en casa de un ángel
como usted. Aquella pícara
de Leona, (que por cierto
es ahora mi vecina:
casó en Madrid con un sastre,

y le mató y está rica)
aquella fué la que dijo
que siempre me embebecia
mirándola á usted, que usted
no desechaba una cinta
que no recojiese yo...
Confieso que no mentia
en esto; pero de aqui
á suponer que... ¡Malicia
como ella! Como si yo
no supiese lo que dista
el que manda del que sirve.
¡Por las ánimas benditas!
¿Le hablé yo jámás á usted
palabra grande ni chica
por la cual...? El ser hermosa
usted ¿era culpa mia?
¡Bueno fuera no poder
admirar las maravillas
que cria el Señor! En fin,
á mí ninguno me quita
la idea de que Leona
puso en mí al cabo la mira,
y como no le hice caso
me calumnió por envidia.

BAL. ¡Qué dice usted!

APOL. La verdad.
Por eso le tengo tirria:
ni aun para que me informára
de usted, le hice una visita. —
Lo que es padre murió.

BAL. ¡Ah! sí.

APOL. Téngale en su compañia
el Señor. Él me crió,
me enseñó... Nunca se olvida
de tan grandes beneficios
el que tiene alma.

BAL. No siga
usted.

APOL. Pero yo he leido
en el diario hace dias
que está de venta la hacienda

que mi señor poseía:
¿qué es esto?

BAL. Sin duda usted
no habrá tenido noticia
de que sostuvo papá
un pleito, que fué su ruina.

APOL. ¡Válgame Dios! No, señora.

BAL. Yo quedé desposeida
de todo al morir mi padre
aqui, donde residia
para ocultar su miseria;
y hoy me halla usted reducida
á ser ama de gobierno
de don Trifon Berruguilla.

APOL. ¡Usted!

BAL. Yo.

APOL. ¡Vive Dios! Eso
es una cosa que irrita
y enciende la sangre. ¡Usted
en suerte tan abatida!

BAL. Pues vivo contenta en ella.

APOL. Ruego á usted que me permita
dudarlo. ¡Contenta! ¡Cá!
El infeliz se resigna
á su destino; pero eso
de que se contenta, es grilla.
¿Le parece á usted que estoy
contento yo todavía
de haber salido de casa
de usted? Pues no. Y es antigua
la fecha ya, y alli en ley
nada me pertenecia.

BAL. Mi gratitud y mi aprecio
sí.

APOL. ¿Qué es lo que oigo? ¡Bendita
la boca de donde salen
esas palabras divinas!
A seguir en casa yo,
quizá usted conservaria
sus bienes, porque despues
he administrado en Menjibar
las haciendas de un señor,

y tengo alguna pericia. —
Pero no: ¡qué disparate!
Mi buen deseo me hacia
delirar: yo solo sé
hacer valer una finca,
ahorrarle dinero al amo,
no consentir picardías,
y al dar las cuentas, salir
con manos y bolsa limpias.

BAL. Luego tampoco su suerte
de usted...

APOL. Mi suerte es magnífica.
Yo no nací para ser
ningun gefe de provincia.
Cuatro mil reales y pico,
producto de mis fatigas,
contaba cuando me hicieron
dejar la mayordomía;
gastados tengo unos mil:
lo que queda es escesiva
cantidad para vivir
mientras encuentro cabida
en alguna parte; un juez
que me conoce y estima,
me tiene buscada ya
colocacion: ¿qué mas dicha
puedo ambicionar? — Y usted,
señora, usted que es tan digna
de que todo el universo
adoraciones le rinda,
¿qué tal amo tiene? ¿Guarda
las atenciones debidas
á su mérito de usted?
¿Es jóven?

BAL. No.

APOL. Me fastidian
los amos jóvenes. ¿Es
rico?

BAL. Sí.

APOL. Pues no lo indica
esta habitacion. Será
mezquino.

BAL. Alguna cosilla.
APOL. ¿Es propietario?
BAL. No: tiene
toda su hacienda invertida
en vales, que ahora...
APOL. Sí,
los buscan y solicitan
de modo, que valen mas
que el dinero. ¿Es de benigna
condicion ó...?
BAL. Buen señor.

ESCENA IV.

DON TRIFON *y* LIBORIO, *dentro.* — DICHOS.

TRIF. No te deshago la crisma
por no pecar.
BAL. ¡Ay! el amo.
APOL. ¿Ese es el bueno?
TRIF. ¿Qué hacias
puesto á la reja, salvaje?
BAL. Váyase usted, sentiria
que le viese.
APOL. ¿Esas tenemos?
BAL. Pronto.
APOL. Pues hasta la vista.
(*Vase Apolinar por la reja, y salen por la izquierda don Trifon y Liborio.*)

ESCENA V.

DON TRIFON. LIBORIO. — BALBINA.

TRIF. Hombre, me tienes tan harto...
LIB. Riñe usted sin ton ni son.
BAL. Bien venido.
TRIF. (*A Balbina.*) Ese baston
y ese sombrero á mi cuarto.
LIB. Yo iré...
TRIF. Quédate aqui tú, (*Vase Balbina.*)
que hemos de vernos las caras

los dos.

LIB. (*Aparte.*) ¡Que no reventaras,
regañon de Bercebú!

TRIF. ¿Qué dices?

LIB. Que á mi entender
es bien estraño el deseo:
las caras de par tan feo
tienen muy poco que ver.

TRIF. ¿Tanto que hacer te faltó,
que te estabas divirtiendo
á la reja?

LIB. Estaba haciendo
lo que usted me dijo.

TRIF. ¿Yo?

LIB. Cabal, usted.

TRIF. No me enciendas
en ira.

LIB. Usted dijo...

TRIF. ¿Qué?

LIB. «Mira, que pronto vendré:
vé y despacha tus haciendas.»

TRIF. Pues bueno.

LIB. Yo por cumplir
lo que usted anteponia,
para mirar si venia
me puse á verle venir.

TRIF. No hay aguante.

LIB. Aunque muchacho,
en todo al órden me avengo:
diga usted qué haciendas tengo,
verá cómo las despacho.

TRIF. No seas bestia ni tozudo:
¿te puso alli de vigía
Balbina?

LIB. En vano porfia
usted: sobre eso soy mudo.

TRIF. ¡Liborio!

LIB. Ella es una perla,
es mi única defensora,
y no sabrá usted que ahora
un hombre sale de verla.

TRIF. (*Aparte.* Bien temi.)

LIB. Todo le irrita
á usted; con que asi, callar
que él se llama Apolinar...
y la llamó señorita.

TRIF. (*Aparte.* Si con tanto cumplimiento
uno y otro se han tratado,
sin razon he sospechado.)
Vé y di que venga al momento.

LIB. ¿Que venga aqui? (*Aparte.* Yo le hablaba
del hombre del pisoton:
¿querrá verle?) En conclusion:
¿usted quiere...?

TRIF. Corre, acaba.

LIB. Pero, señor, si no sé...

TRIF. ¿No obedeces?

LIB. Si hace ya...

TRIF. Sin réplica.

LIB. Bien está.
(*Aparte.* Pues, señor, le buscaré.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON TRIFON, *y luego* BALBINA.

TRIF. Esta muchacha me tiene
trastornada la razon:
es llegada la ocasion
de declararme. — Aqui viene.

(*Sale Balbina con un canastillo de labor y una almohadilla en él.*)

BAL. ¿Estorbaré?

TRIF. No, lucero:
si te he mandado llamar.

BAL. Nada me ha dicho al pasar
Liborio.

TRIF. ¡Habrá majadero! —
Siéntate.

BAL. Me sentaré
para seguir mi labor. (*Siéntanse los dos.*)

TRIF. Para escucharme mejor.

BAL. Trabajando escucharé.

TRIF. ¿Qué te has hecho esta mañana?

BAL. ¿Esta mañana? He salido
y esa impresa he recogido.
Tome usted, á ver si gana. (*Le da una cédula.*)
TRIF. ¡Ganar! ¿Qué es esto? ¡Ah! los tres
números que á terno seco
juego siempre. Solo peco
de pródigo en esto.
BAL. Pues
como en la estraccion pasada
dijo usted que á la primera
gustaria de que hiciera
yo en su nombre la jugada...
TRIF. Lo dije sin duda alguna;
que á niña de tal donaire
no debe hacer un desaire
la mano de la fortuna.
Pero yo no te entregué
la onza: mal te verias
para...
BAL. Mis economías
todas en ello gasté.
TRIF. Mujer, ¿por qué sin rodeos
no viniste á reclamar
tu dinero... y no aguardar
hasta el dia del sorteo?
BAL. ¿Qué mas da, cuando se sabe
que no hay peligro?
TRIF. Ni en broma
me gusta deber: vé, toma,
abre el buró: ten la llave.
BAL. ¿Yo?
TRIF. Quiero que te resuelvas
á mandar aqui desde hoy:
esa llave que te doy,
es para que no la vuelvas.
BAL. ¡Ah! no, no.
TRIF. Si yo me fio...
BAL. Pero es accion bochornosa...
TRIF. Si tienes tú, prenda hermosa,
la llave de mi albedrío.
BAL. Quiero evitar la ocasion
(*Rehusando siempre la llave.*)

de una culpa de infidencia.

TRIF. Ya sin darte yo licencia
me robaste el corazon.

BAL. Está usted hoy muy chancero.

TRIF. No escarnezcas mis enojos.
Tiempo hace ya que mis ojos
te dicen cuánto te quiero.

BAL. Permítame usted... (*Quiere levantarse.*)

TRIF. Detente,
oye las penas que paso;
mira que por tí me abraso.

BAL. ¡Por una pobre sirviente!

TRIF. Tan noble eres como bella;
naciste para brillar,
y á mí me toca enmendar
la injusticia de tu estrella.
Jóven y hermosa, es razon
que ambiciones el ornato;
ya verás tú qué boato
despliego en esta mansion.
Era antes mi afan el oro:
¡bien haya lo que adquirí
si puede servirte á tí,
que eres el mayor tesoro!
Termina, pues, la inquietud
que amando á mi edad se siente,
y ofréceme solamente
un poco de gratitud.
Vamos: ¿no hallará merced
en tí mi ardiente suspiro?
¿Qué dices?

BAL. (*Levantándose.*) Que me retiro
con su licencia de usted.

TRIF. ¿Eso mi ruego adelanta?
¿Desprecias la dicha asi?

BAL. Es mucha ya para mí,
que yo no merezco tanta.

TRIF. Pero en suma, ese desden
¿cuándo cesará?

BAL. Jamás.

TRIF. Bueno. (*Aparte.* Te arrepentirás
del desaire.) Está muy bien.

BAL. No creo que nadie deba
de mi honradez ofenderse.
TRIF. ¡Eh! no hay que ensoberbecerse,
(*Tomando un polvo.*)
porque esto ha sido una prueba.
BAL. ¡Ah! ya.
TRIF. Sí.
BAL. Fué error bien necio
el mio.
TRIF. Eres una alhaja;
pero... (*Deja caer la caja del tabaco.*)
Levanta esa caja.
Pero no de tanto precio...
BAL. Tome usted.
TRIF. (*Aparte.* Su orgullo abato
asi.) ¿Perder la cabeza
yo por tí? ¡Bah, bah! — Endereza
la hebilla de ese zapato.
BAL. (*Aparte.*) Déme su favor el cielo
para sufrir y callar. (*Arrodíllase.*)
TRIF. Luego... tú gustas de andar
arrastrada por el suelo.
BAL. Como ambiciosa no soy,
no me quejo de mi suerte.
TRIF. Mucho mas si viene á verte
el fino mancebo de hoy.
BAL. ¡Señor! (*Levántase con prontitud.*)
TRIF. ¡Vaya, y con qué brio
te has levantado! Pues, chica,
ya sabes que quien se pica...
BAL. Piensa usted un desvarío.
Ese jóven, que me vió
en mas venturoso estado,
me respeta demasiado...
TRIF. ¡Y escapa cuando entro yo!
Pues si esto no tiene viso
de galanteo corriente,
dígalo el mas inocente.
BAL. Pudiera jurar...
TRIF. Te aviso
que no quiero que entre aqui
ni ese, ni otro: y á fé mia

que lo sabes desde el dia
mismo en que te recibí.
Usted no ha de franquear
mis umbrales á ninguno:
quizá es un solemne tuno
el dichoso Apolinar.

BAL. Apolinar á cualquiera (*Con energía.*)
puede enseñar honradez.

TRIF. Balbinita, esa altivez
ningun amo la tolera;
y si tu cara y tu talle
te infunden atrevimiento,
te puedes ir al momento
á replicar á la calle.

BAL. Me iré, señor.

TRIF. ¡Voto á San!
¡Tan blanda como la cera,
se me pone hecha una fiera
por que le ofendo al galan!

BAL. Hablar mas es escusado;
yo aqui cesé de servir,
y me conviene salir
de la casa de contado.

TRIF. Corriente.

BAL. Aqui está el papel
(*Sacándolo de la almohadilla.*)
del ajuar que me entregó
usted. Registremos...

TRIF. No:
aunque soberbia, eres fiel.
Antes de ayer la mesada
te aboné.

BAL. No es necesario
por dos dias de salario
que usted desembolse nada.

TRIF. ¡Por vida del cielo azul!
Toma, y arrójalo luego
si quieres. (*Le da dinero.*)

BAL. Para el gallego
que transporte mi baul.

TRIF. Para el guardian del infierno,
si es que con él te acomodas.

(*Aparte.* Ahora me las paga todas.)
Toma tambien ese terno. (*Le da la cédula.*)

BAL. ¡Qué! ¿me vuelve usted...?

TRIF. No es justo
que yo te quite la suerte
que puede favorecerte.

BAL. Yo no jugué por mi gusto.

TRIF. ¿Y quién te mandó jugar?

BAL. Aunque usted no lo mandó,
bien claro á entender me dió
que lo pensaba mandar;
y asi viendo yo que el dia
de admitir juego pasaba,
que ya usted no se acordaba,
pero tal vez sentiria
privarse por un olvido
de una propicia ocasion,
fuí y eché, con intencion
de reparar su descuido.

TRIF. El modo de reparar
el supuesto olvido, fuera
que usted me lo previniera
para yo determinar.
Despues mudé de capricho:
no quiero mas lotería.

BAL. Há un rato que usted decia...

TRIF. Me vuelvo atrás de lo dicho.

BAL. Es que por casualidad,
para mí bien triste, á fé,
el dinero que jugué
no era mio en realidad.

TRIF. Mentira muy mal trazada
para una niña ingeniosa:
¿desde cuándo acá es tramposa
doncella tan arreglada?
No nos conviene á los dos
seguir altercando mas:
si quieres irte, te vas,
si no, te quedas. A Dios. (*Vase.*)

ESCENA VII.

BALBINA.

¿Quedarme aqui? Ni un minuto
me detengo, hombre soez:
ha de ser por esta vez
tu ardid infame sin fruto.
¡Por que desatiendo incrédula
su aficion, el muy grosero
me deniega ese dinero
y me abandona la cédula!
Bien: yo del mísero enjambre
servil me distingo en algo:
con mi honor sin mancha salgo:
no importa morirme de hambre.
De mí cuidará el Señor;
pues con doble sacrificio
desecho el oro del vicio
y pierdo el de mi sudor.

ESCENA VIII.

LEONA.—BALBINA.

LEO. Ave María. (*Llamando á la reja.*)
BAL. ¡Ay Jesus!
¡La sastra!
LEO. Yo soy, yo soy.
Abra usted á quien la quiere
de todo su corazon.
BAL. ¡Ay Leona! ¡cuánto siento...! (*Abre.*)
Digo... pido á usted perdon...
Señora Leona.
LEO. Vaya,
deje usted ese primor
para alguna que no sepa
conocerse como yo.
Que me llamen por mi nombre,
que me antepongan un don,
¿dejaré de ser por eso
hija de Pedro Queról,

viuda de Atanasio Lepe,
que á su muerte me dejó
propietaria de una casa
que vale medio millon,
sin mas carga ni gravámen
que el sereno y el farol?
Ya ve usted que yo no tengo
vanidad.

BAL. Es lo mejor.

LEO. Tampoco á usted en su vida
tal vicio se le notó.
¿Qué señorita de Aranda
trataba con mas amor
á sus criados que usted?
Ninguna: testigos son
ama, costurera y paje
y mozos de la labor.
Que lo diga Apolinar,
el que se enamoricó
de usted...

BAL. Señora Leona...

LEO. Y usted, por su propension
á no disgustar á nadie,
sus obsequios aceptó.

BAL. Está usted equivocada.

LEO. No es mala equivocacion.
Antes me anduvo rondando
á mí, hasta que se aburrió:
digo ¿si conoceré
las mañas del tal señor?
Ahora ha venido á Madrid
y tiene su habitacion
frente á mi tienda: supongo
que estar allí será por...

BAL. ¿Por qué?

LEO. Por volver conmigo
á la antigua pretension.

BAL. ¿De eso trata?

LEO. Yo soy rica,
familia no me quedó,
soy jóven y... vamos...

BAL. Sí,

cierto.

LEO. Él es un pobreton.

BAL. Sin duda.

LEO. Pero el que á mí
una vez no me gustó...
En fin, que pene.

BAL. Yo creo
que á pesar de ese rigor,
usted se le inclina.

LEO. ¡Pché!
Si él se hiciera hombre de pró,
digo de caudal, entonces
puede... — No tengo ambicion
ni vanidad; pero, amiga,
con mi casa y mi obrador,
¿no debo poner la mira
en un partido mas...?

BAL. ¡Oh!
sí, sí: no es Apolinar
para usted.

LEO. Pues ya que estoy
aqui, señorita...

BAL. (*Aparte.*) ¡Ay cielos!

LEO. Si me hace usted el favor
de aquellos diez y seis duros...

BAL. Es que...

LEO. Sí, me los llevó
usted á casa anteayer:
asi el oficial mayor
me dijo: por eso mismo
venia...

BAL. Bien sabe Dios
que no tengo yo la culpa
si no me hallo en situacion
de entregar hoy esa suma,
ni siquiera otra menor.

LEO. ¿No? ¡Vaya! Pues ¿qué ha pasado?
¿Le han robado á usted? ¿Perdió
el bolsillo? Siempre tuvo
usted poca precaucion.
Es menester no acordarse
del tiempo que ya pasó,

y hacerse á mirar por sí,
señorita.

BAL. (*Aparte.*) ¡Qué rubor!

LEO. Y no se me enfade usted;
que al fin esta reprension
la tiene usted merecida,
y por su bien se la doy.

BAL. Usted nada perderá:
mi ropa es de mas valor
que la deuda.

LEO. Yo no quiero
eso. ¿Por qué á don Trifon
no le pide usted á cuenta
la onza?

BAL. Si me despidió.

LEO. ¿Eso mas? ¿Y cómo ha sido?

BAL. Don Trifon es jugador
de lotería...

LEO. Mal hace.

BAL. Y pone á cada estraccion
una onza: jugué en su nombre
por él mi dinero yo;
reñimos, y no ha querido
la cédula.

LEO. Eso es atroz.

BAL. Mírela usted. Si pudiéramos
hallar algun comprador
todavía... (*Le da la cédula. Leona la lée.*)

LEO. No es muy fácil.
Se hace el sorteo á las dos,
y son las doce: con todo,
la guardo por sí ó por no.
Si fuera de menos precio...

BAL. Escuso la prevencion
de que lo que den por ella
es para usted.

LEO. Pues me voy
corriendo. ¡Ah! si no se vende,
no busque colocacion
usted; véngase á mi casa:
usted cose con primor,
y se puede desquitar

el piquillo.

BAL. Sí, por Dios.
Acepto y voy á enviar
mi cofre sin dilacion. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LEONA.

¡Eh! véndase ó no la cédula,
mi negocio se arregló,
y ya nada pierdo. Casi,
casi me da tentacion
de quedarme yo con ella
y decir que se vendió.
Si supiera que ganaba...
Pero es un chasco feroz
si pierdo. El juego es un vicio
muy engolosinador:
resistámosle. Yo puedo
decir que á mí me cayó
dos veces la lotería
con aquel santo varon,
una cuando me casé,
y otra cuando se murió.

ESCENA X.

APOLINAR. LIBORIO.—LEONA.

LIB. Espérese usted aqui
para que al amo le diga
que, á costa de mi fatiga,
con usted al cabo dí.

APOL. ¡No es mal encarecimiento,
cuando ahí al lado me hallaste!
(*Vase Liborio.*)

LEO. ¡Hola, Apolinar! ¿trabaste
aqui ya conocimiento?

APOL. ¡Leona!

LEO. Mas ya se ve,
como tuviste manía

por Balbina...

APOL. Yo diria
«nuestra ama.»

LEO. Es ama... que fué.

APOL. Tú la quieres siempre mal.

LEO. ¿Yo mal? Cuando no la embargo
por... Voy á hacer un encargo
suyo, ¡y dices eso!

APOL. ¿Cuál?

LEO. Negociar una... aleluya.

APOL. ¡Qué diablos de gerigonza!

LEO. ¿Ves esta cédula de onza?

APOL. Ya la veo: y bien...

LEO. Es suya.

APOL. ¿Suya?

LEO. Pues: como se alampa
por hacer suerte en el juego,
le falta el dinero luego
para pagar una trampa.

APOL. ¿Qué dices, lengua maldita?

LEO. Bien lo que digo se entiende:
que esta cédula la vende
tu preciosa señorita.

APOL. ¿La vende? No sufriré
que otro sino yo la adquiera.
Venga.

LEO. Aguarda.

APOL. Pronto.

LEO. Espera.
(*Aparte.* Pagar la gana le haré.)
La cédula es propiedad
mia en virtud de un ajuste,
y exijo á quien de ella guste
una buena cantidad.

APOL. Convengo en darte el aumento
que parezca regular.
¿Te contentas con ganar
un...?

LEO. ¿Cuánto?

APOL. Ciento por ciento.

LEO. (*Aparte.* Ya ofrece dos onzas.) ¡Vaya!
eso es una friolera.

APOL. Tres.

LEO. Ni cuatro. Si saliera,
ya era negocio.

APOL. (*Aparte.* ¡Mal haya
tu ansia!) Cinco.
(*Leona hace un ademan negativo.*)
¿No? Seis.
(*Igual ademan.*)
Siete.

LEO. ¡Bah! (*Aparte.* ¡Tonto! ¡cómo te ciegas!)
Setenta y ocho talegas
puede ganar el billete:
con que...

APOL. Ocho.

LEO. (*Aparte.* ¡Qué frenesí!)
No, no.

APOL. Nueve onzas cabales.

LEO. No.

APOL. Pues hija, tres mil reales
tengo: ni un maravedí
mas de mi bolsa se saca:
ella puede ser testigo. (*La muestra.*)
¿Los quieres?

LEO. Por ser amigo,
concedo.

APOL. Pues toma y daca.

LEO. Ten. (*Truecan.*)

APOL. (*Aparte.* Pongo en esta cartera
(*Saca una y escribe en ella.*)
su nombre.) Cuéntalo.
(*A Leona designando el dinero.*)

LEO. ¿A qué?

APOL. Y chito. (*Aparte.* Se la daré
hoy á la ocasion primera.)
(*Mete la cédula en la cartera, y esta entre la faja.*)

ESCENA XI.

DON TRIFON. LIBORIO. — DICHOS.

TRIF. ¿Qué diablos es lo que dices?
¿A quién te mandé llamar?

LIB. Al señor.
APOL. Servidor suyo.
LEO. Salud.
TRIF. ¿Usted por acá,
señora Leona? — Amigo,
yo á usted no le vi jamás.
APOL. Pues con usted me sucede
lo propio.
LEO. Es Apolinar,
un compañero...
TRIF. Ya entiendo:
el señor es el galan
de la orgullosa criada
que hoy he tenido que echar.
APOL. Caballero...
LIB. ¿Qué es lo que oigo?
¿la Balbinita se va?
¡Pobre de mí! ¿quién ahora
defiende mi balandran?

ESCENA XII.

BALBINA. UN MOZO *de cordel con un cofre.* — DICHOS.

BAL. Vamos. (*Aparte.* ¡Él aqui!) Señor,
sírvase usted perdonar
las faltas que he cometido
bien contra mi voluntad
mientras he servido á usted.
TRIF. Está bien: déjame en paz.
BAL. En ese cesto quedó
el inventario...
LIB. (*Cogiéndolo.*) Aqui está:
guárdelo usted.
TRIF. Anda y quémalo
al instante, y ademas
todo libro ó papel que esta
haya podido tocar.
BAL. *y* LIB. Señor...
APOL. *y* LEO. Don Trifon...
TRIF. ¿Qué es eso?
APOL. Sea usted mas racional.
TRIF. Yo estoy dentro de mi casa:

como quiera puedo hablar.

BAL. Vámonos. (*Vase el mozo.*)

TRIF. Sí, muy bien hecho,
y no me vuelvan jamás.

LEO. Si lo dice usted por mí...

TRIF. ¿Y á usted quién le trajo acá,
y al señor?

APOL. Si yo he venido,
usted me llamó.

TRIF. No hay tal.

LIB. Sí hay tal, sí; sino que usted
ya no lo recordará.

TRIF. ¡Pícaro!

APOL. ¿Lo está usted viendo?

BAL. Señores, no alborotar.

TRIF. Usted viene por Balbina.

APOL. Usted falta á la verdad.

TRIF. Usted es un insolente.

LEO. Usted es un carcamal.

TRIF. Tráeme un palo (*A Liborio.*) para que eche
á esta gentecilla audaz.

LEO. ¡Palo á mí!

LIB. Aguarden ustedes
mientras lo voy á buscar. (*Vase.*)

LEO. ¡Yo gentecilla! yo soy
propietaria.

BAL. Por piedad,
Leona.

TRIF. Váyase usted
á su obrador á sisar.

LEO. ¡Sisona yo! las orejas
he de arrancarle.

(*Embiste á don Trifon. Apolinar la detiene.*)

APOL. (*Forcejeando para llevársela.*)
Ven, sal.

TRIF. Si agarro una silla...
(*Balbina contiene á don Trifon.*)

APOL. Ven.

LEO. Descendiente de Caifás.

TRIF. Fregona.

LEO. Usurero.

TRIF. Záfia.

LEO. Estantigua.

TRIF. Montaraz.

(*Apolinar retira á Leona que se resiste: don Trifon la sigue, aunque contenido por Balbina: enmedio de la brega se le cae á Apolinar la cartera que se metió entre la faja.* —*Entranse todos por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

LIBORIO, *saliendo por la derecha.*

Aqui traigo tres estacas,
una para cada cual.
Ya se han ido; pero siguen
riñendo por el zaguan.
En el suelo se han dejado
(*Reparando en la cartera.*)
un libro. ¿De quién será?
(*Abre y lée tropezando.*)
«De... Bal... bi... na» dice aqui.
Las hojas en blanco estan.
Libro de apuntar el gasto
debe ser ó cosa igual.
Me ha dicho el amo que abrase
cuantos pudo manejar
Balbina: seguramente
que es una barbaridad;
pero si no le obedezco,
mis lomos lo pagarán.
No hay escape: libro, cuentas,
inventario general, (*Lo coge.*)
cuantos papeles encuentre,
todos los voy á quemar.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Una sala en casa de Leona.—Sobre una mesa una caja de carton.

ESCENA PRIMERA.

LEONA. DON TRIFON, *saliendo.*

TRIF. Que Dios sea en esta casa.
LEO. ¡Cómo! Señor don Trifon,
¿usted por aqui?
TRIF. Sí, amiga:
la mano del Hacedor
me conduce...
LEO. ¡Miren eso!
pues no esperaba...
TRIF. Ni yo.
Pero un pronto... ¿Quién no tiene
sus ratos de mal humor?
Sin duda que el enemigo
hoy de mí se apoderó;
y como somos tan frágiles...
¡Con todo mi corazon
siento haber dado motivo...
¡Soy un tigre! ¡soy atroz!
LEO. Vamos, vamos, ¡qué demontre!
si ya la murria pasó,
si usted confiesa que fué
un grosero, un escorpion,
y que sin motivo alguno

conmigo se enfurruñó,
todo lo olvido.

TRIF. ¡Ay Leona!
démosle gracias á Dios
porque al fin me ha iluminado.
La conciencia me gritó...
Señora Leona, ¡es usted
un ángel...!

LEO. ¿Qué soy, señor?

TRIF. Un querubin, que á esa jóven
enmedio de su dolor
y abandono, le ha ofrecido
un asilo protector.

LEO. ¡Toma! ¿y qué hacer? La infeliz
muchacha me enterneció:
no tenia ni un remedio,
y le ofrecí este rincon.
Luego, como me debia...
ya sabe usted...

TRIF. ¡No! yo no:
no sé nada... pero bueno;
ya arreglaremos los dos
esas cuentas, no hay cuidado...

LEO. Todo por fin se arregló;
mas ya le dije á Balbina
primero, que ¿quién mejor
que usted pudiera pagar...?

TRIF. Bien... si no digo que no.

LEO. Usted debiera haber sido,
que tiene cada doblon...

TRIF. ¡Jesus! Señora Leona,
por el Dios de Sabaot,
tenga usted mas caridad
del prójimo.

LEO. No señor,
que esta es la verdad: al cabo
que hiciera reparo yo
en perder ese dinero,
estaba puesto en razon;
pues aunque soy propietaria,
tambien menestrala soy,
y en consintiendo una pella,

nos hacen una porcion.
Se lleva una mas petardos...

TRIF. Uno me he llevado yo,
que es para colgarse. Vamos,
¿querrá usté hacerme el favor
de ir á decirle á Balbina
que aqui esperándola estoy?
¿tendrá usted tanta bondad,
Leoncita?

LEO. ¿Por qué no?
Está muy puesto en el órden
que usted le pida perdon
de sus arranques.

TRIF. Sí, sí:
vaya usted.

LEO. Al punto voy.

ESCENA II.

DON TRIFON.

¡Maldita seas, amen,
parlanchina!—Pues, señor,
el momento decisivo
ha llegado... el corazon
se quiere salir del pecho
de impaciencia... ¡Uf...! ¡qué calor!
¿Si le habrán dicho á Balbina
que la suerte coronó
sus números? Imposible:
ahora mismo la estraccion
se ha terminado, y yo vengo
de los Consejos... No, no...
nada sabe: es menester
aprovechar la ocasion.
¡Una onza á terno seco!
A ver... presumo que son...
setenta y ocho mil duros...
ni un ochavo menos. ¡Oh!
¡Salvaje de mí, que tuve
en mi mano un fortunon
que estúpido desprecié...

que ella misma me rogó...!
¡me diera de cabezadas...
me hiciera cada chichon!
Vamos, si yo no consigo
mis intentos... ¡Vive Dios
que por necio, de cabeza
me arrojo desde un balcon!
Ella viene; disimulo,
destreza... y mucho valor.

ESCENA III.

BALBINA.—DON TRIFON.

TRIF. Balbina... que soy dirás
un hombre sin corazon,
un mentecato, un huron...
¿no es cierto, niña...?
BAL. Jamás
le haré yo á usted tanto agravio:
aunque es muy triste mi estrella,
yo me resigno con ella,
sin que murmure mi labio.
TRIF. Conozco bien tu virtud,
y ahora sé cuánto vales;
pero ¡doblar yo tus males,
y llenarte de inquietud
cuando debí con desvelo
no molestarte jamás!
¡ay Balbina! ¡qué dirás...!
No tengo perdon del cielo.
BAL. Mucho me admira, señor,
que ahora usted tanto se aflija.
TRIF. Los remordimientos, hija.
¿Quién no comete un error?
BAL. Lo mismo que yo lo olvido,
olvide usted lo pasado.
TRIF. Conozco que te he faltado;
pero estoy arrepentido.
Los hombres á cierta edad
somos tan... mas todo pasa:
quiero que vuelvas á casa...

y volverás ¿no es verdad?

BAL. No quisiera que otra vez
á renovarse volviera...

TRIF. ¡No! no habrá ya mas quimera...
tú misma vas á ser juez.—
Escucha y de admiracion
te llenarás al contado;
sí, porque hoy Dios me ha tocado
por dicha en el corazon.
Balbina, te has ofendido
y con razon, hija, sí,
pues cuando te hablé debí
por lo menos haber sido
mas claro en mi confesion:
tú, ya se ve, me escuchaste,
y... muy natural, dudaste,
Balbina, de mi intencion.
Yo no te pude aclarar,
con mi enojo... en fin, rompimos...
porque no nos entendimos.

BAL. (*Aparte.*) Pero ¿adonde irá á parar?

TRIF. Mas ¡ay! saliste de allí,
y cuando solo quedé,
comprendí al momento, que...
no puedo vivir sin tí.
Por eso sin detencion
quiero que vuelvas ahora...
como mi esposa y señora
de todo mi corazon.
¿Qué dices? ¿Tambien aqui
será tu pecho tirano?
Ya ves, te ofrezco mi mano:
¿qué mas exijes de mí?

BAL. Perdone usted mi sorpresa...
yo nunca pude esperar...
Me es imposible aceptar
tanta honra, aunque me pesa...

TRIF. ¡Qué! ¿respondes de esa suerte
á mi afan? ¡por Dios! no acabes...
En tu respuesta ¿no sabes
que está mi vida ó mi muerte?

BAL. Mucho lo siento, señor;

pero hay razones...

TRIF. ¡Ninguna!

BAL. Si las hay.

TRIF. ¿Di cuáles?

BAL. Una:
que soy muy pobre.

TRIF. Mejor.
Yo estoy bien, y eso jamás
será un obstáculo... ¡pues!
yo no miro al interés...
¡bonito soy yo...! Ademas,
¿quién ahora de eso cuida?
¿No eres hermosa sin tasa?
¿no desciendes de una casa
altamente distinguida?
¿Qué mas se puede pedir?
Y sobre todo, esta boda
con mi gusto se acomoda,
con que no hay mas que añadir.

BAL. No; sin embargo, señor:
mi posicion es muy triste,
y mi pundonor insiste...

TRIF. ¡Por vida del pundonor!
Eso ya raya en simpleza:
¿no ves que aqui no hay objeto?
yo reconozco y respeto
tu mucha delicadeza.
Eres honrada, eso si;
eres toda una señora;
pero no está bien que ahora...

BAL. ¿Qué quiere usted? pienso asi.

TRIF. El Apolinar maldito
es quien mi desdicha labra.

BAL. Si no me ha hablado palabra
de amor: lo dije y repito.

TRIF. ¿Cierto?

BAL. Cierto.

TRIF. Pues advierte
que un hombre de edad madura
cual yo, con esta figura,
no espanta.

BAL. Espanta... mi suerte.

TRIF. ¡Ps...! tu escrúpulo se esplica...
pero... vamos, ¿qué dijeras,
Balbinita, si supieras
que eres muy rica...? ¡muy rica!

BAL. ¡Muy rica...! ¿señor?

TRIF. Sí tal.

BAL. Chancea usted...

TRIF. No chanceo:
posees...

BAL. ¡Yo...! ¿qué poseo?

TRIF. ¡Friolera...! un gran caudal.

BAL. Pero... ¿cómo...? ¿en qué...?

TRIF. A fé mia,
que esto te habrá sorprendido.
¿No sabes que te ha caido
un terno en la lotería?

BAL. ¿Qué dice usted? ¡ay de mí!
¿La cédula aquella...?

TRIF. ¡Pues!
premiada... con que ya ves...
Dime, ¿la tienes ahí?

BAL. No... ¡qué desdichada soy!

TRIF. ¿Desdichada...? ¡voto va...!
¿no la tienes...? ¿dónde está...?

BAL. Desde el rompimiento de hoy,
por deudas á una persona
se la cedí... no esperaba...

TRIF. ¿A quién se la diste? acaba.

BAL. A la señora Leona.

TRIF. Pero ¿ha sido en calidad
de fianza?

BAL. No señor,
para ella.

TRIF. ¡Jesus! ¡qué horror!
¡Jesus! ¡qué barbaridad!!
¡Quítate de mi presencia,
estúpida...! sal de aquí.

BAL. Repare usted...

TRIF. Huye, sí;
que ya no tengo paciencia
para sufrirte...

BAL. Comprendo...

Usted ha venido...

TRIF. Eso es.

BAL. En pos del vil interés.

TRIF. Como quieras; no pretendo
aparecer mas amable.

BAL. Y ¿quién aqui se lo exije?
¿piensa usted que eso me aflije?
es usted un miserable. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON TRIFON.

¡Anda con dos mil y mas...!
Si lo dije... es lo mas necio
que se ha visto: es esta chica
incapaz de sacramentos.
¡Mire usted que es mucha droga!
ceder... ¡regalar un terno!
setenta y ocho mil duros
cabales... mas ¿qué me quejo?
¿No los tuve yo en mi mano?
y yo ¿no he podido á tiempo
hacerme de ese caudal
único absoluto dueño?
Voy á dar un estallido...
pues, si señor, lo estoy viendo.
No hay esperanza; Leona
le echó la garra... y no encuentro
recurso humano que pueda
sacarle lo que deseo.
¿Quién es el guapo que ahora
á ese feroz Cancerbero
le va á arrancar de las uñas
la cédula? no hay remedio...
A no ser que... bien pudiera...
Si en el cuarto de hora llego...
Ella, en fin, es una sastra,
y yo todo un caballero.
¿Quién sabe...? nada se pierde
por ensayo mas ó menos.

Aqui está... los cielos pongan
en mis labios el acierto.

ESCENA V.

LEONA. — DON TRIFON.

LEO. Vaya, ¿se hicieron las paces,
señor don Trifon...? me alegro...
TRIF. ¡Eh...! no señora: esa niña
es muy orgullosa... he hecho
cuanto pude... pero nada;
insiste en su enojo... ¡bueno!
LEO. ¿Qué me cuenta usted, señor?
TRIF. Sí, Leona, el evangelio.
Yo por mi parte he cumplido,
y sin escrúpulos quedo.
Le rogué que perdonara
mis arrebatos, y luego
con mi casa le brindé
otra vez; mas con desprecio
mis ofertas recibió...
ya ve usted, yo ¿qué mas puedo
hacer? insiste en quedarse...
En cuanto á mí, nada pierdo...
LEO. Pues, señor, esa muchacha
sin duda ha perdido el seso.
¿Qué piensa hacer?
TRIF. Yo lo ignoro...
y no me importa saberlo.
LEO. Vamos, que tambien á usted,
por mas que diga, no creo
que le agrade perder hoy
tan buen ama de gobierno.
TRIF. ¡Ah...! no, señora Leona,
tengo aqui grandes proyectos...
LEO. ¿Sí?
TRIF. Que con esta ocasion
en planta pondré al momento.
Yo, la verdad, no es posible
que pueda por mucho tiempo
estar asi; un hombre solo,

á no vivir en el yermo,
necesita que á su lado
halle quien vele...

LEO. En efecto.

TRIF. Mi casa, mis intereses
reclaman un ángel bueno
en el que yo deposite
mi confianza... y si encuentro
una mujer económica
y á mi gusto, con tres luegos
me caso.

LEO. ¡Calle! ¿de veras?

TRIF. ¡Toma...! á galope, al momento.

LEO. ¡Anda! pues á buena hora
le ocurre á usted...

TRIF. Para eso
nunca el hombre llega tarde;
y aunque decirlo no debo,
no soy un mónstruo, y mi edad
no es tanta como aparento.
¿Juzga usted que es tan dificil
que yo encuentre lo que anhelo?

LEO. A saber los requilorios
que en su adorado tormento
querrá usted...

TRIF. No, ¡yo no busco
imposibles... ni por pienso!
Yo pretendo una mujer,
una mujer... por ejemplo,
asi como... ¡pues! ¿estamos?
¿entiende usted?

LEO. No, no entiendo:
en estas materias es
tan romo mi entendimiento...

TRIF. ¡Ay Leona...! ¿usted no ve
que estan mis ojos diciendo...?

LEO. ¡Jesus...! ¡y qué encandilados
los tiene usted...! me dan miedo...

TRIF. No es miedo, Leona mia,
lo que inspirarle yo quiero...

LEO. ¡Don Trifon...! que se derrite...
Leona mia... ¡qué tierno...!

TRIF. Señora, no tome usted
á broma lo que está oyendo.
Yo no soy un mozalvete
que habla asi por pasatiempo,
no, sino un hombre formal
que al hablarle en estos términos
á realizar lo que ofrece
está por demas resuelto.

LEO. Pero ¿está usted en su juicio?
¿no ve usted...?

TRIF. Todo lo veo.

LEO. Sin embargo...

TRIF. Nada, nada;
en lo dicho me mantengo.

LEO. ¡Qué dirán!

TRIF. ¿Qué han de decir?

LEO. Yo una artesana, del pueblo...

TRIF. Pero es honrada y me basta;
eso solo es lo que quiero.

LEO. Sin mas bienes que esta finca.

TRIF. No se eche usted por los suelos,
señora, que lo que tiene,
lo mismo que usted sabemos.

LEO. Señor don Trifon, por Cristo,
no juzgue usted que yo tengo...

TRIF. ¡Eh...! no se empeñe en negar...
lo que... ¿y el terno?

LEO. ¿Qué terno?

TRIF. La cédula de Balbina.

LEO. ¡Ah! ¿tuvo premio?

TRIF. ¡Y qué premio!

LEO. ¡Santos del cielo...! ¡qué escucho...!

TRIF. ¿Se va usted ya convenciendo?

LEO. ¡Oh! ¡Quién pensara...!

TRIF. Este dia
es magnífico, completo.
Vamos á ser muy felices:
ya verá usted, juntaremos
nuestras fortunas...

LEO. Sí, sí.—
El enemigo anda en esto.

TRIF. ¿Qué ha de andar? ¡los querubines

dirá usted mejor.

LEO. Reniego
de mi fortuna.

TRIF. ¡Señora!
¿qué es lo que está usted diciendo?
¿Se queja usted de su suerte
despues que...?

LEO. Sí señor, eso:
me quejo y me quejaré,
porque no nos entendemos.

TRIF. Pues si es la cosa mas clara.

LEO. Pues yo muy turbia la veo.

TRIF. Esplíquese usted.

LEO. ¡Debiera
poner el grito en el cielo!
¿Hay mujer mas infeliz?

TRIF. Lléveme el diablo si entiendo...
¿No le cedió á usted Balbina...?

LEO. ¡Cabal! si señor...

TRIF. Pues luego...

LEO. Pues ahí está mi coraje...
¡maldito sea el dinero...!

TRIF. ¿Acaso ha perdido usted
la cédula?

LEO. Poco menos.
La he vendido esta mañana
en tres mil reales...

TRIF. ¡Horrendo!!
¡imperdonable delito!
¡Tres mil reales...! ¡Dios eterno!

LEO. Mas... ¿quién pudo imaginar...?

TRIF. Calle usted, que me avergüenzo.
¡Codicia vil...! ¿y he podido
pensar un solo momento
en entregarle mi mano?

LEO. Oiga usted...

TRIF. Abur, me alejo,
que aqui tiene la avaricia
establecido su templo.

LEO. ¡Infame!

TRIF. ¡Usurera atroz!

LEO. Miserablon... estafermo. (*Vase don Trifon.*)

ESCENA VI.

LEONA.

¿Habrá pícaro como él?
¡Vejete de Satanás...!
¡insultarme! ¡á la Leona...
que si se empeña es capaz
de hacerle dos mil añicos...!
¡pues no nos faltaba mas!
Despues que con un cabello
se me pudiera hoy ahogar,
¡venirme con letanías...!
Si tan pronto no se va,
le juro que de cabeza
le hago bajar al zaguan.
Mas ¡ay...! ¡qué terno...! ¡qué terno!
no quisiera recordar...
¡Qué torpe, qué torpe he sido!
¡Desprenderme de un caudal...
venderlo como quien dice
por un pedazo de pan...!
¿Qué duda tiene...? desde hoy
yo me debo condenar...
ardiendo estoy ahora mismo
en un pozo de alquitran.
¡Ay cuántas talegas! ¡Miren
el bueno de Apolinar!
mas poderoso que un Fúcar...
Pues, á estas horas sabrá
que la suerte por la puerta
se le entró sin mas ni mas.
Pero alguien se acerca... es él,
que se encamina hácia acá...
No, pues su cara no anuncia
la alegría natural...
No lo sabrá todavía.
Si le pudiera atrapar...

ESCENA VII.

APOLINAR. — LEONA.

LEO. ¿Qué es eso? ¿qué tienes, hombre?
¿te sientes mal...?
APOL. Y tan mal
como me siento. Estoy, vamos,
desesperado...
LEO. ¿Es verdad?
Sosiégate, por la Vírgen,
que tal vez nada será.
Ya sabes tú que si yo
soy de alguna utilidad...
me lo dices con franqueza,
no tienes mas que mandar.
APOL. No te suponia yo
conmigo tanta bondad;
pero es lo que me sucede
de naturaleza tal,
que con solo un buen deseo
no es posible remediar...
(*Aparte.* ¡Pobre Balbina!)
LEO. ¿Quién sabe...?
Tú te angustias por demas
y abultas tanto las cosas
á veces, que... ¡claro está!
APOL. ¡Ay...! no, Leona, hoy las miro
como las debo mirar.
LEO. Haz el favor de esplicarte,
por Dios, que me tienes ya
en brasas...
APOL. ¿Y de qué sirve
que te haga participar...?
No es nada, mujer, no es nada:
que me encuentro sin un real,
que todas mis esperanzas
se las llevó Barrabás,
porque estaba consentido
en colocarme... y ya está
la plaza que codiciaba
en otras manos... ¡voto á...!

LEO. Paciencia, poquito á poco
se suele el cielo ganar.
Si hoy eso se desgracié,
mañana Dios abrirá
camino.

APOL. Pero entre tanto
¿cómo podré yo mirar
á esa pobre señorita
privada hasta de lo mas
necesario... yo que sé
cuán alta es su calidad...
yo que á su casa he debido
tanto favor?

LEO. Bien está;
pero tú haces lo que puedes...
y una buena voluntad...

APOL. ¡Eh...! con ella y sin fortuna
¿á qué se puede aspirar?

LEO. ¿Tan apurado te ves?

APOL. Como no me vi jamás:
consentido en que iba pronto
de fortuna á variar,
ya sabes que esta mañana
te di sin dificultad
cuanto encerraba mi bolsa,
porque quise rescatar
la cédula de Balbina...

LEO. Sí, lo que es eso es verdad.

APOL. Pues ya ves tú si me quejo
con razon y... ¡voto á San...!

LEO. Es decir, hablando en plata,
señor don Apolinar,
que usted lo que necesita
son unos cuartos...

APOL. Cabal.

LEO. ¿Quieres hacer un negocio
que al punto te los dará?

APOL. Con alma y vida, Leona.

LEO. Pues yo no puedo hacer mas
en gracia del interés
que me ha inspirado tu afan...
que aceptar hoy las ofertas

que antes no quise escuchar.

APOL. ¿Qué ofertas?

LEO. Las que me hiciste
de eterna fidelidad,
y eterno amor, en Aranda.

APOL. Pues desde entonces acá
ya ha llovido.

LEO. Mas yo siempre...

APOL. Siempre me hiciste rabiar.
Me hiciste echar de la casa.

LEO. La mia tuya será.

APOL. Me calumniaste.

LEO. No es cierto:
lo que dije fué verdad;
tú, siendo un mísero paje,
osaste galantear
á Balbina, porque estabas
henchido de vanidad.
Tú la quieres todavía;
sí, Balbina es mi rival,
y por ella me desprecia
tu locura contumaz.

APOL. Pues bien, la quiero, corriente.
Siempre le he sido leal:
tú el secreto de mi pecho
me obligas á revelar:
de ella depende mi suerte,
de tí nada quiero ya.

LEO. Pues bien... (*Aparte.* Del agua vertida,
recojamos la mitad.)
Para que veas que puede
la viuda de un menestral
tanto como una señora
tener generosidad,
al momento voy á darte
los tres mil reales, con tal
que tú me vuelvas la cédula.

APOL. No, puede que salga.

LEO. ¡Quiá!
la fortuna á quien la implora
no le hace caso jamás.
Aqui ha estado un jugador,

hombre de mucho caudal,
á quien sin duda le han dicho
que yo quise enagenar
esa cédula, y por ella
setenta doblones da:
con que decídete pronto...

APOL. Pero ¿y si...?

LEO. No hay vacilar,
que van á salir los números,
y despues ya no será
tiempo...

APOL. Pues bueno, ¡qué diablos!
los ojos quiero cerrar,
y venga lo que Dios quiera.
(*Registrándose los bolsillos.*)
Toma, toma...

LEO. (*Aparte.*) Mia es ya.

APOL. ¡Demonio! ¿Tampoco en este?
¿qué quiere usted apostar...?

LEO. Vamos... búscala.

APOL. En la faja...
¡Dios mio...! Tampoco está...

LEO. Despacito... despacito...

APOL. ¡Qué... si no...

LEO. Vuelve á mirar.

APOL. No hay remedio, ¡la he perdido...
me la han robado...!

LEO. ¡San Blas!

APOL. Yo la metí en la cartera.

LEO. Mas la cartera...

APOL. No está.
¿Hay hombre mas sin ventura?
yo me debo asesinar.

LEO. Castigo justo del cielo
por tu orgullo sin igual.

ESCENA VIII.

BALBINA. — APOLINAR. LEONA.

BAL. Está alborotado el barrio,
hay fuego, y en esta calle...

LEO. Pues es lo que nos faltaba.
APOL. Asi en hirvientes volcanes
se trasformara la tierra...
BAL. ¡Ah...! ¿qué sucede...?
APOL. No estrañe
usted mi rabia, Balbina:
harán un bien en matarme.
BAL. ¡Dios mio!
LEO. Tiene razon.
BAL. (*A Leona.*) Pero... ¡qué...!
LEO. No es nada el lance:
que el terno de usted...
BAL. Sí, sí.
LEO. Se lo vendí en tres mil reales.
BAL. ¡Él lo compró...!
LEO. Pues, y luego
lo ha perdido el badulaque.
BAL. ¡Qué lástima, Apolinar,
perder fortuna tan grande...!
LEO. ¡Digo...! apenas son talegas...
Setenta y ocho cabales.
APOL. ¡Qué estan ustedes diciendo!
Temo que el juicio me falte.
¿Salió ya la lotería?
BAL. Sí.
LEO. Toma, toma; una hora hace.
APOL. ¿Y los números tambien?
BAL. Sí, tambien.
APOL. ¡Cuántos desastres!
Pues esta es mas negra aun.
TRIF. (*Dentro.*)
¡Espera, bribon, tunante...!

ESCENA IX.

LIBORIO, *entra asustado, y despues.* DON TRIFON. — BALBINA. APOLINAR. LEONA.

LIB. ¡Socorro! ¡favor! que el viejo...
BAL. ¡Liborio...!
LEO. ¿Tú aqui? ¿Qué traes?
LIB. No es nada... que Barrabás...

me persigue... ¡uf! amparadme...
(*Se oculta detras de Balbina.*)

TRIF. (*Sale.*) ¿Adónde estás, idiota...?

LIB. (*Asomándose por detras de Balbina.*)
Aqui, señor.

TRIF. ¡Miserable!
te voy á matar...

BAL. ¡Despacio!

LEO. Aqui no se mata á nadie:
está en mi casa...

TRIF. ¡Señora!
déjeme usted desfogarme,
que me ha arruinado ese pícaro.

LEO. Ha hecho bien.

TRIF. Di, gran infame,
¿por qué le has pegado fuego
á la casa?

LIB. ¡Qué! ya no arde:
todo está apagado ya.

TRIF. Se ha quemado en un instante
la gaveta en que guardaba
el legajo de mis vales.

LIB. Usted se tiene la culpa:
usted mandó que quemase
los papeles de Balbina.

LEO. Lo dijo usted: no hay escape.

LIB. Encendí la chimenea
del gabinete, hizo el diantre
que á casa viniera entonces
un muchacho de tu parte (*A Balbina.*)
por una caja de chismes
que olvidada te dejaste:
tuve que subir con él
á buscarla en los desvanes;
tardamos, debió de entrar
una bocanada de aire
abajo sin mi licencia;
prendió por algun parage
el fuego, y ardió la estera,
y las cortinas y un catre,
y los sillones...

TRIF. No sigas.

LIB. Y la gaveta.
TRIF. ¡Salvaje!
te he de llevar á la horca.
LIB. Como usted vaya delante...
APOL. ¿Viste por casualidad
si allá en nuestro zipizape
se me cayó mi cartera?
LIB. Cartera, cartera... ¡Calle!
¿Era una especie de libro
de color de chocolate?
APOL. Libro de memorias, sí.
LIB. Que tenia un almanaque...
APOL. Pues.
LIB. Y luego unos letreros:
« domingo, lunes, y martes... »
APOL. Sí.
LIB. Con las hojas en blanco...
APOL. Y en una escrito con lápiz...
LIB. «De Balbina.»
APOL. Dentro estaba
la cédula de usted. (*A Balbina.*)
TRIF. ¡Tate!
¿A usted mi jugada fué?
APOL. ¿Qué es de la cartera, cafre?
LIB. Viendo que era de Balbina,
la eché al fuego.
BAL. *y* APOL. ¿La abrasaste?
LIB. Yo no, la lumbre.
LEO. Mejor:
quedamos todos iguales.
BAL. ¿Ardió toda?
LIB. El papel sí.
APOL. Pues eso era lo importante...
LIB. Ahora, lo que es la pasta
ó forro, los cordobanes
aquellos, que son bonitos,
esos no, ¡qué disparate!
Papeles y no pellejos
me mandaron que quemase.
APOL. En el fuelle de la tapa,
por mas seguro parage,
metí la cédula.

BAL. ¿Dónde
luego la cubierta echaste?

LIB. En la caja de carton
que envié.

BAL. ¡Vírgen del Cármen!
(*Corriendo á ella y registrándola.*)
¡En esta! y yo no miré
si entre tantos cachivaches...
Aqui está.

(*Saca la encuadernacion de la cartera, abre el fuelle, y de él toma la cédula.*)

Aqui está la cédula.

LEO. ¡Por vida!

TRIF. ¡Voto á San Fraile!

BAL. Dios ha guiado tu mano.

LEO. Me ahogo.
(*Cae convulsa en una silla.*)

TRIF. Voy á colgarme.
(*Diríjese desatentadamente hácia la puerta.*)

LIB. ¡Huy qué gesto de demonio!
(*Observando á don Trifon y Leona.*)
¡Huy qué cara de vinagre!

TRIF. ¡Oh!
(*Dándose un coscorron en la puerta al retirarse.*)

LEO. ¡Ah!

(*Cayéndose de la silla. Liborio la levanta y le hace aire con el forro de la cartera.*)

BAL. (*Dando la cartera.*)
Usted, Apolinar,
es de ella el único dueño.

APOL. Si yo mostré tanto empeño
en volverla á recobrar,
no ha sido el vil interés
el que á ello me impelia:
fué solo por que queria
que usted la viera á sus pies.

BAL. Eso nunca, Apolinar;
usted es el dueño ahora...
sea usted feliz...

APOL. Bien, señora,
entonces la haré quemar.

BAL. Pero... si...

POL. Todo es en vano.
AL. Yo... solo de una manera...
POL. (*Se arrodilla.*) ¿No acepta usted la cartera
porque viene de mi mano?
AL. Alce usted, que esta es la mia.
POL. (*Besándola.*) ¡Oh dicha que no me atrevo
á creer...!
IB. ¡Viva!
POL. Yo debo
enloquecer de alegría.
EO. Bien, sois ricos por demas...
me alegro... ¿pero aqui...? ¿estamos?
POL. Sí, amiguita, ya nos vamos
para no volver jamás.
Tú, Liborio, te vendrás
con nosotros... ¿eh?
IB. ¿Pues no?
AL. Sí, y de tí cuidaré yo.
POL. Estoy de gozo brincando.
AL. ¡Ay...! ¡la fortuna rodando...!
POL. (*Entregándole la cartera y estrechándole las manos.*)
Pero en tus manos paró.

FIN DE LA COMEDIA.

NOTA. Al estender el plan de esta corta composicion, se han tenido presentes tres obras dramáticas, una del teatro aleman, otra del francés y otra del español, aunque traducida, que son: *Das Loos in der Lotterie*, comedia en cinco actos de Gellert; *La Maison en Loterie*, comedia en un acto de Picard; y *La Novia de 64 años, ó una Lotería*, comedia en tres actos impresa en Barcelona en 1829 sin nombre de autor ni de traductor.

DICCIONARIO
DE
MODISMO
(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA!

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 44—Precio: 2 reale

(Contiene los pliegos 130 á 132)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID